

## LA PRACTICA DE LOS MANDAMIENTOS Y LA VISION DE DIOS\*

Atrapados entre la experiencia de duras realidades cotidianas y la exigencia del amor auténtico, algunos cristianos se preguntan si no hay, con todo, un atajo honesto para gozar de la intimidad divina. ¿Verdaderamente es la Cruz de Cristo el signo que todos deben reconocer en su vida para realizar su vocación cristiana? ¿La práctica larga y fastidiosa de la ascesis es camino obligado para llegar a la visión de Dios? Sabemos que no basta atravesar el mar Rojo para llegar a la Tierra Prometida, sino que está la prueba del desierto, el tiempo de la paciencia que es un enterrarse en la oscuridad de la historia humana. Es lo que con otras palabras nos recuerda la *Carta del obispo Filoxeno de Maboug al monje Patricio de Edesse*<sup>1</sup>, antiguo documento de principios del siglo VI de nuestra era, que responde a una pregunta no conservada de Patricio. Este último interroga a Filoxeno para saber si es necesario practicar todos los mandamientos de Cristo para obtener la contemplación divina. ¿No hay manera de acceder a la visión de Dios sin sujetarse a la práctica laboriosa de los mandamientos? La pregunta es tan vieja como el cristianismo, y quizás atormenta sobre todo a los que se comprometen en la vida religiosa. Ocurre que después del fervor de los comienzos uno se instala en un cierto aburrimiento causado por el descubrimiento de realidades muy prosaicas. La búsqueda de Dios no es lo que habíamos soñado. A partir de entonces, ¿cómo volver a encontrar un segundo aliento, una especie de ánimo suplementario?

Después de un breve preámbulo (§ 1- Z) en el que Filoxeno hace notar su incapacidad para tratar los problemas planteados por Patricio —protesta que es algo más que un simple procedimiento literario— el autor responde en primer lugar a las preguntas presentadas (§ 3 - 26), y enseguida desarrolla sus propios puntos de vista en una forma más personal (§ 47 - 132), antes de concluir rápidamente (§ 133). Seguiremos ese plan, exponiendo en primer lugar los tres principios afirmados por el obispo de Maboug en respuesta a las preguntas de Patricio. Agruparemos en cinco puntos lo esencial de los desarrollos complementarios de la *Carta*; éstos puntos constituyen otras tantas aproximaciones diferentes a la pareja tan discutida santidad-contemplación.

---

\* De *Lettre de Ligugè* 226, juil-août 1984.

1. El texto siríaco con traducción francesa está en PO 30, 742-873. Lo citaremos mencionando sus párrafos. Hace cincuenta años el Padre Irenée HAUSHERR ya había llamado la atención sobre esta carta: "Contemplation et sainteté. Une remarquable mise au point par Philoxène de Maboug", en *RAM* 14, 1933, p. 171-195.

## I. La respuesta a las preguntas

### 1. Practicar todos los mandamientos de Cristo

¿Es necesario practicar todos los mandamientos de Cristo para salvarse? Filoxeno de Mabbug responde diciendo que esta pregunta ni siquiera debería plantearse. Haciendo referencia a una determinada concepción del misterio de la salvación y apoyándose en el testimonio de la Escritura y de los Padres del monacato, desarrolla una extensa argumentación. De ella pueden desprenderse cuatro razones principales que nos obligan a observar los mandamientos, todos los mandamientos.

En primer lugar, los mandamientos tienen que practicarse porque *Cristo nos los entregó* en vistas a nuestra salvación. Filoxeno considera esta salvación, no solamente aquí, en la carta dirigida a Patricio, sino también en sus *Homilias*, como una vuelta a la inocencia original, estado caracterizado por la simplicidad, madre de todas las virtudes. Una constante de la enseñanza teológica del obispo de Mabbug es volver al origen por medio de la práctica de los mandamientos. Hay dos maneras por lo menos de considerar esta búsqueda de la simplicidad primera: ya sea como una curación (§ 3), ya sea como una vuelta del exilio (§ 7). Filoxeno frecuentemente recurre a fórmulas expresivas del arte medicinal. Aquí habla de los mandamientos como si fueran plantas medicinales o remedios purificadores. Allá, compara la renuncia al mundo o la llegada al desierto con un alumbramiento<sup>2</sup>. Aún más, en otros lugares muestra cómo debemos curar las úlceras del alma<sup>3</sup>. La práctica de los mandamientos es pues la terapéutica del alma que nos hará volver a la vida verdadera. Es también una larga marcha por "el camino trillado de la naturaleza" (§ 7) que nos hará acceder a la Jerusalén celeste. Al regresar del exilio de Babilonia, los judíos siguieron las rutas familiares que conducían a Jerusalén: no entraron de inmediato en la ciudad santa, sino solamente después de jornadas de viaje, después de haber recorrido caminos conocidos. Lo mismo ocurre con nosotros: no podemos acceder a la contemplación o a la unión divina sin practicar los mandamientos de Cristo. La visión de Dios no se da desde la partida. Incluso no siempre se da en el transcurso de esta vida.

En segundo lugar, los mandamientos tienen que observarse porque *nos conducen al amor* (§ 5). El término de la práctica cristiana es el amor. Filoxeno retoma aquí una afirmación del *Tratado práctico* de Evagrio: "El término de la práctica es la caridad"<sup>4</sup>. Nuestro autor se apoya en san Juan (*Jn* 14,21.23; 13,35). En efecto, ¿quién ha demostrado más que Juan que el ejercicio del amor no pertenece al campo de la evidencia primera sino a la visión constitutiva de la fe cristiana? El amor es precisamente un término, no un punto de partida. O, si es punto de partida, lo es en cuanto don que hay que conquistar a lo largo de la vida cristiana. Pero, ¿qué sentido da Filoxeno al amor en su respuesta al monje Patricio? Los textos escriturísticos citados nos muestran que se trata del amor del Padre y del Hijo por noso-

2. *Homilía IX* (SC n° 44), n° 260-267, 337-344, Cf. *Carta*, § 97.

3. *Homilía XI*, 422.

4. *Tratado práctico*, cap. 84 (SC n° 171).

tros, de la venida del Padre y del Hijo en cada uno de los discípulos, de manera que los cristianos llegan a ser moradas de Dios, templos del Espíritu. La práctica de los mandamientos conduce al reconocimiento del amor trinitario, y el amor fraternal es su signo a los ojos del mundo. Ya no es cuestión de volver al origen, como precedentemente, sino de orientar la mirada hacia lo que viene. Esa exigencia no está por encima de nuestras fuerzas, porque los mandamientos de Cristo no son pesados, sino *ligeros* (§ 6). Citando a *Mt 11,30*, Filoxeno insiste en el hecho de que conviene observarlos a todos sin excepción.

La tercera razón adelantada por nuestro autor es desarrollada más extensamente (§ 8-14). Si practicamos los mandamientos, es también porque nos *hacen heredar la vida eterna*. Aquí sirve de leit-motiv un texto: la historia del joven rico: *Mt 19,16-22*. El versículo 21 subraya en forma muy particular. Es la oportunidad para Filoxeno de poner de relieve las tres cosas que hay que practicar antes de comprometerse en el camino de la pureza (§ 13). La primera es el alejamiento de las malas acciones, significado por la prohibición de matar, de cometer adulterio y de robar. La segunda se refiere a la observancia de los mandamientos naturales, a saber, la honra debida a los padres y el amor al prójimo como a sí mismo. Todo esto ya se encuentra en la Antigua Alianza, en el decálogo y en *Lv 19,18*. La tercera cosa es aquello con lo que tropieza el joven rico: vender los bienes y darlos a los pobres. La práctica de estos tres puntos lleva a la vida, la cual se propone a todos, mientras que la unión con Cristo es ofrecida sólo a los discípulos, al menos en este mundo. La vida eterna se obtiene tomando el camino de la santidad, mientras que los que están unidos a Dios ya residen en la capital de la pureza del alma o de la contemplación. No hay santidad sin practicar los mandamientos. Filoxeno parece distinguir aquí santidad y contemplación. En otras palabras, la santidad puede existir sin la contemplación, e, inversamente, la contemplación puede existir sin la santidad.

Quien dice herencia de la vida eterna, dice igualmente muerte del hombre viejo. Filoxeno expone extensamente este tema. En la circuncisión de los judíos en las inmediaciones de Jericó, antes de entrar en la Tierra prometida para combatir a las naciones (*Jos 5*), la Antigua Alianza nos ofrece una figura del combate del hombre nuevo contra las fuerzas del mal. Solamente una figura, porque la realidad sólo se desvela a aquellos que siguiendo a Cristo pasaron por el baño del bautismo. Es la muerte del hombre viejo que el bautismo anuncia y simultáneamente realiza para que nazca el hombre nuevo, conforme con Cristo resucitado de entre los muertos. Más que el relato del joven rico incapaz de desprenderse de sus bienes, es ejemplar el de Zaqueo que acoge a Jesús en su casa. A partir del momento en que Zaqueo cumple con prontitud los mandamientos, la vida llega a su casa. Sin esa práctica, no habría podido heredar la vida eterna, ni tampoco reinar con Cristo. Porque la herencia de la vida, figurada por la resurrección del Hijo del Hombre, desemboca en el reinar con él, figurado por su ascensión junto al Padre.

La última razón invocada por Filoxeno se apoya en *el ejemplo de Cristo* (§ 22-26). Jesús cumplió cada uno de los mandamientos que enseñó. Vivió pobre, sin preocuparse por el mañana, y por lo tanto en la verdadera quietud. Amó a los que lo odiaban y sobre todo respondió a todos los que le pedían que los curara. Estuvo plenamente disponible.

Justamente la disponibilidad es lo que está en el centro del debate entre el monje Patricio y el obispo Filoxeno. Querer colocarse de inmediato en el nivel de la contemplación, en una cierta quietud del alma, ¿no es a menudo una manera muy sutil de no estar disponible para los demás? El monje Patricio ve en *la búsqueda de la soledad* la condición insoslayable del progreso espiritual (§ 15-19). ¿La vida eremítica no aparece como superior a los ojos de muchos? Filoxeno hace notar que Basilio y los dos Gregorios sólo partieron al desierto después de haber vivido en regiones habitadas en las que observaron los mandamientos. E incluso una vez que estuvieron en la soledad, cumplieron los mandamientos a la menor ocasión. Es conveniente comprender bien la enseñanza de san Basilio quien hace el elogio tanto de la vida cenobítica como de la vida eremítica. Los dos puntos de vista son verdaderos y cada uno de ellos es válido tanto para los débiles como para los fuertes. En efecto, la vida cenobítica será provechosa para un discípulo todavía frágil porque podrá ser corregido y tendrá frecuente ocasión de cumplir los mandamientos. Será igualmente provechosa para aquel que goza ya de la salud del alma, porque no podría turbarlo. Aun más, si Dios lo llama allí, ese discípulo podrá convertirse en un maestro para un discípulo débil como para un maestro para los demás. Paralelamente, la vida eremítica será provechosa tanto para un discípulo débil como para un maestro experimentado. El primero evitará en el desierto las ocasiones de alimentar sus propias pasiones, mientras que el segundo enfrentará a Satán en un combate directo, sin el intermediario de las pasiones. Por eso hay que concluir que el gozo de la perfecta quietud no es cuestión del modo de vida, cenobítica o eremítica, que la misma no se rehúsa más a los cenobitas que a los ermitaños, o que éstos últimos no la poseen forzosamente más que aquellos. La quietud en realidad es el fruto de una victoria sobre las pasiones. Filoxeno tiene cuidado de advertir que no es suficiente adormecer las pasiones, sino que es preciso además extirparlas. El desierto es propio para adormecer las pasiones, pero ocurre lo mismo con el león adormecido que puede despertarse. Las pasiones se adormecen también unas a otras: la vanagloria y la lujuria, la avaricia y la gula, la tristeza y la cólera, la acedia y el orgullo. Al decir esto, Filoxeno acaba de citar (en el § 18) los ocho vicios principales de Evagrio. Encontramos incluso en el *Tratado práctico* esta afirmación que conforta a nuestro autor: "El demonio de la vanagloria se opone al demonio de la fornicación, y no se puede admitir que los dos asalten al alma al mismo tiempo, porque uno promete honores, y el otro conduce al deshonor"<sup>5</sup>. Casiano, epígono de Evagrio en medio latino, expone bastante extensamente en sus *Conferencias* esta misma propiedad de las pasiones de adormecerse unas a otras.

Ahora comprendemos mejor que la búsqueda de la soledad encubre a veces un propósito monástico ambiguo. La paz del alma puede vivirse tanto en medio de la multitud como en una comarca desértica; lo esencial es la disponibilidad del corazón, o, para retomar la palabra de Filoxeno, el *discernimiento* (§ 20-21). Aquél que obra con discernimiento se establecerá en cualquier lugar y observará todos los mandamientos de Cristo sin que su alma se turbe. Aquél que, por el contrario, es turbado al obrar de esa manera, se detiene en la acción sin tener en cuenta la intención. Sea lo que sea que hagamos, y cualquiera sea el sitio donde vivamos, nos basta con buscar lo único necesario para que nuestro corazón esté en paz.

---

5. En el capítulo 58.

Este único necesario que podemos llamar disponibilidad o discernimiento se conoce tradicionalmente en la Escritura con el nombre de hospitalidad. Precisamente parece que el criterio principal de la santidad cristiana es para Filoxeno *la acogida del otro*, acogida que exige en el fondo un desprendimiento de todo el haber y de todo el ser. La acogida del otro a menudo nos pone en situaciones imprevistas, porque el otro puede llegar a cualquier hora y mostrarse muy exigente. El otro es precisamente el extranjero desconocido y el vecino demasiado conocido que vienen a turbar nuestra tranquilidad. Concretamente, Filoxeno considera la acogida del otro a través de las siguientes acciones: lavar los pies de los huéspedes, cuidar a los enfermos, vestir a los que están desnudos... Estas múltiples acciones no hacen más que explicitar el amor al prójimo. El que pretende colocarse por encima de los mandamientos para gozar únicamente de la contemplación divina se coloca a pesar de todo en una ignorancia culpable de su deber hacia el indigente que golpea a su puerta.

## 2. *Vencer las pasiones del alma.*

La segunda pregunta del monje Patricio se refiere a la actitud que hay que tener respecto de las pasiones del alma: ¿hay que huir de la lucha y optar por la quietud? Muy medido, el obispo de Mabbug una vez más recurre al discernimiento. Su respuesta comprende tres partes: la conversión de la mirada, la unificación interior y la búsqueda de la verdadera tranquilidad.

La lucha contra las pasiones del alma, lucha sin la cual no hay santidad cristiana, requiere un nuevo comercio con las cosas (§ 27-30). La huida de ciertos lugares, de ciertas relaciones, es necesaria, pero no es suficiente. Hay que huir de aquello que excita en nosotros las pasiones; en otras palabras, hay que aprender a mirar al mundo con otros ojos. Porque las cosas de por sí son ambiguas: pueden poner en movimiento las pasiones o por el contrario entregar al intelecto la sabiduría que hay en ellas. Esta sabiduría es la sabiduría creadora que el intelecto no podría volver a encontrar en toda su pureza; por eso se encuentra mezclada en sus propias obras. El que lucha contra las pasiones es como el niño que aprende a leer. Por medio del difícil aprendizaje de las letras, de los sonidos, de las sílabas, de las palabras y de las frases, el niño llega poco a poco a comprender la enseñanza del maestro. A través de signos gráficos combinados de diversa manera, accede al conocimiento de lo inteligible. Paralelamente, aproximándose a las creaturas con una intención espiritual, el cristiano rechazará poco a poco la corporeidad para retirar de ella sólo la pura contemplación. Las pasiones son como intermedios opacos entre el intelecto y las creaturas. Al vencerlas Patricio podrá ver todos los seres con la mirada de la sabiduría creadora que viene de Dios. La contemplación pura a la que aspira ardientemente, pero por caminos ilusorios, se realizará en la visión de los seres y de las cosas a la luz de Dios. Así, todo depende de la mirada que arrojemos sobre el mundo, o de nuestra relación con lo creado. El pecado ¿no es acaso una visión demasiado estrecha que no nos permite remontar de la creatura al Creador, sino que nos impulsa por el contrario al goce de lo inmediato? La lucha contra las pasiones da una nueva profundidad a la mirada, porque nos hace comulgar con lo esencial, y además de con el mundo, con el mismo Dios.

Para llegar a esa conversión, el monje debe realizar su nombre de manera efectiva (§ 35). Monje es aquél que está unificado interiormente. El texto escriturísti-

co que aquí sirve de referencia es Mt 18,20: "Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". ¿Quiénes son esos dos o tres?, se pregunta Filoxeno. Son las tres partes del alma, a saber, la parte racional, la parte concupiscible y la parte irascible<sup>6</sup>. Sirviéndose de la teoría platónica de la tripartición del alma transmitida por Evagrio, Filoxeno desarrolla la inhabitación de Cristo en el alma del monje. Cuando las tres partes del alma están armoniosamente reunidas, y reunidas en nombre de Cristo, Cristo habita verdaderamente en el corazón del discípulo. Pero esta unificación de todo el ser interior es el resultado de una larga lucha contra las pasiones. El irascible, en efecto, naturalmente no está dispuesto a combatir los vicios, tampoco el concupiscible aspira espontáneamente a la unión espiritual, ni el racional se ejercita en la inteligencia de las cosas según Dios. Unificar las tres potencias del alma es obrar según su naturaleza, es igualmente alcanzar la impassibilidad. Es, pues, monje aquél que no se dispersa más en lo creado sino que ha encontrado su unidad en Dios.

Dicho esto, hay medios concretos que debemos practicar para llegar finalmente a la verdadera quietud del alma (§ 31-34 y 36-40). El problema es saber si la búsqueda de la soledad se hace para alcanzar la quietud del cuerpo o la del alma. Filoxeno vuelve a referirse al eremitismo, y más extensamente a las relaciones del monje con los que vienen a verlo. Si la acogida del otro se realiza de tal modo que uno perciba en aquel que acoge una auténtica imagen de Dios, en ese caso, no puede haber ningún perjuicio, porque esto de ningún modo turba la quietud del alma. El ejercicio de la hospitalidad es superior a la búsqueda de la quietud. Pero el monje rechazará a todo huésped que sea para él ocasión de caída, especialmente en la vanagloria. Huirá de los grandes, de los ricos y de los sabios, pero recibirá a los pobres y a los extranjeros. La hospitalidad es pues cuestión de discernimiento. Filoxeno recuerda los ejemplos de los abades Poimén y Simeón. Un apotegma atribuido al primero (Poimén 5) nos relata la historia de un juez que quería ver al anciano. El Abad Poimén no consintió ni siquiera cuando el juez hizo apresar a su sobrino y amenazó con matarlo. Dos apotegmas del abad Simeón (*Simeón* 1 y 2) relatan un hecho semejante. En el primer caso el abad Simeón sube a una palmera como para podarla, en el segundo se reviste de un hábito remendado y toma una actitud singular. La sabiduría de Dios es locura para los ojos del mundo y la sabiduría de este mundo es locura para los sabios según Dios. Los cristianos, y muy particularmente los monjes, son testigos de una realidad que los sobrepasa, pero que enseñan en el corazón del mundo. Auténticamente profetas, se proponen vivir su vida como una parábola del amor trinitario.

### 3. Correr derechos hacia la meta

Patricio pregunta por último si hay que tener en cuenta el escándalo provocado por algunas de nuestras acciones realizadas para obtener la pureza del alma (§ 41-46). Filoxeno explica por qué es conveniente no tenerlo en cuenta. El que obra, si lo hace con toda rectitud, no tiene que preocuparse de aquellos que se escandalizan. Cuando san Pablo anunciaba la locura de la Cruz (cf. *1 Co* 1,18), no se ocupaba

---

6. Este tipo de exégesis no es propia de Filoxeno. Ya Afraate, y antes Clemente de Alejandría la habían utilizado. Para este último, ver *Stromate* III, X, 69.

del escándalo que esto constituía para aquellos a quienes se dirigía. Por eso, nosotros no debemos silenciar la confesión de la verdad. Otras personas tropiezan con la idea que se hacen del gobierno de Dios. Apoyándose en *Lc 2,34*, Filoxeno observa que el escándalo de los necios proviene de ellos mismos y no de la buena conducta de los demás. Ocurre como con los alimentos sanos para un estómago enfermo. Esos alimentos enferman a ese estómago, no debido a lo que son en sí, sino a causa de la enfermedad del que los recibe. Si tú obras, pues, examinándote con toda conciencia frente a la enseñanza de las Escrituras y al juicio de tu propio discernimiento, y no encuentras nada que criticar, entonces cumple tu acto con toda quietud. Esa es pues la respuesta de Filoxeno, quien de inmediato agrega: aquél que ha llegado a la pureza del alma experimenta efectivamente en sí mismo una renovación de todo su ser. Pero la misma pregunta de Patricio no es una verdadera pregunta, porque aquél que corre derecho hacia la meta, a ejemplo de san Pablo (cf. *Flp 3,13*) no ve el escándalo de los demás. El ímpetu de su carrera hacia Cristo es tal que no se preocupa por lo que encuentra. Así, aquél que como Patricio se interroga por el escándalo provocado por algunas de sus acciones no corre con suficiente ardor hacia la meta. Su corazón está dividido; todavía no está unificado interiormente.

## II. Santidad y contemplación

### 1. Reconocerse pecador

Como la mayoría de los que aspiran a ver a Dios sin comprometerse en una práctica efectiva de la vida cristiana, el monje Patricio descuida demasiado esta verdad primera: reconocerse pecador (§ 47-60). Hay dos tipos de caminos que nos conducen a la visión de Dios: la gracia y el camino legal (§ 60). Aquí la gracia sigue siendo excepcional. De ordinario vamos a Dios por el camino legal, es decir, por la práctica de los mandamientos, la cual se enraiza en el reconocimiento del propio pecado. Al tomar conciencia de su falta, el cristiano combate con resistencia las pasiones. La victoria sobre ellas le otorga la pureza del alma. Entonces comienza a poseer la libertad espiritual (*parrhêsia*) que es el verdadero término del obrar cristiano. Así, no es la salud del alma o su pureza, sino esta libertad lo que nos hace contemplar a Dios y a las cosas de Dios. Ese proceso que cada uno efectúa de manera personal, pone en tela de juicio al deseo. Patricio dice con naturalidad que su alma tiene un gran deseo (§ 57), pero ese deseo de Dios, por grande que sea, no es suficiente, porque le hace falta además el amor. El deseo puede existir sin el amor, pero el amor no existe sin el deseo. El deseo es una aspiración que puede encorvar al que desea sobre sí mismo, mientras que el amor es no solamente un goce, sino también y quizás más, un llamado a ahondar en sí profundidades de renunciamiento para acoger al Otro. Si aunque el amor auténtico atrae a todos, tanto a los heréticos como a los más grandes pecadores, otra cosa es ponerlo en práctica.

El publicano del Evangelio que exclama: "*¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!*" (*Lc 18,13*), nos indica cuál es el primer movimiento en el que reconocemos la efectividad del amor. Se trata pues de llorar los pecados más que de pedir la pureza del alma, pedido que en ese caso sólo sería ilusorio. Debemos ante todo curar nuestras heridas cumpliendo humildes tareas, escogiendo el último lugar, reconociéndonos servidores inútiles. En esto, san Pablo es un ejemplo para nosotros; recordaba a menudo sus faltas pasadas y voluntariamente se rebajaba.

Aunque llegó a ser un apóstol eminente, ni siquiera se consideraba un discípulo. Los Padres del desierto son también un ejemplo para nosotros. ¿Acaso no decía el abad Moisés: "Dios no escuchará la oración de nadie que no se considere pecador"<sup>7</sup>? Aunque es cierto que algunos han escrito sobre la pureza del alma, la impassibilidad y la contemplación, no es para que las deseemos o pidamos. En ese campo, fácilmente podemos dejarnos engañar por falta de discernimiento. Los apotegmas<sup>8</sup> relatan cómo Satán se apareció a un monje con el aspecto de un ángel de luz y le dijo: "Abre los ojos y mira la luz, porque he venido a mostrarte la luz", y también: "Yo soy Cristo y he venido a aparecerme a ti". Vigilante, el monje respondió que él no pedía ver a Cristo ahora, sino más tarde, en su lugar<sup>9</sup>.

Los santos no desean contemplar cosas extraordinarias o escuchar palabras inefables. Únicamente se dedican a observar los mandamientos de Cristo. El que pide grandes cosas no por eso prueba que ama a Dios, sino simplemente que se busca a sí mismo. El deseo de Dios no se afirma con el sueño de una vida plenamente colmada, sino que se vive en la unión a los sufrimientos de Cristo. Todo deseo de Dios que se sitúa fuera de la historia suscitada por la Cruz de Cristo pertenece a la nostalgia de un paraíso imaginario perdido o a la búsqueda de una gnosis futura. La verdad del deseo de Dios se inscribe en la insuperable exigencia de lo cotidiano.

## 2. *Aprender la ciencia de Cristo.*

El que contempla los misterios cristianos ya no se plantea más preguntas, sino que ve. La ciencia de Cristo (§ 61-75) no se adquiere por medio de múltiples lecturas, como cree Patricio, sino por la purificación del corazón. Las múltiples lecturas, incluso piadosas, engendran múltiples pensamientos en el alma, de manera que el intelecto es movido por la multiplicidad unida a la composición, y no por la simplicidad inherente a la unidad<sup>10</sup>. La contemplación sólo puede ser simple. Procura delectación y goce porque se sitúa "donde no hay nada" (§ 63). El lugar de la visión no es hacia atrás, sino hacia adelante (cf. § 62), allí donde se juntan la simplicidad y el amor. La atención a Dios llega a ser tan fuerte que ya no es posible volver a los hábitos de antes.

Si para Filoxeno sigue siendo cierto que el discurrir o las numerosas lecturas ordinariamente no procuran recogimiento y quietud sino disipación y turbación, a sus ojos no son menos ciertas estas palabras de Evagrio respecto de la Escritura:

---

7. Moisés 16, citado en el § 52.

8. N 312, citado en el § 53.

9. Volvemos a encontrar una anécdota semejante en la *Vida de san Martín* de Sulpicio Severo, § 24, 4-8.

10. Habitualmente se sostiene que el monofisismo de Filoxeno de Mabbug no influye en su espiritualidad: cf. HAUSHERR, *art. cit.*, p. 173. Sin cuestionar la ortodoxia de esta doctrina espiritual, se puede dudar de esa afirmación teniendo en cuenta la insistencia tan constante en la simplicidad hasta el punto de que la misma se procede de ella.

“La lectura de las Escrituras opera el recogimiento del alma”<sup>11</sup>. La lectura de la Escritura es provechosa tanto para aquel que ha dejado el mundo como para aquel que sigue estando en él. Pero no es necesario leer largo tiempo, basta un breve momento. Lo importante es llegar a recoger el espíritu para alcanzar la pureza de la oración y por medio de ella, la contemplación espiritual de las palabras. Así, del mismo modo que con respecto a la mirada que se dirige al mundo, no se trata de leer la Escritura con cualquier objetivo. Leer preocupado por la exégesis o la enseñanza, para citar o disputar contra los heréticos, nada proporciona al monje. Este último de ninguna manera se ocupará de todo lo que se refiere a asuntos propiamente teológicos tales como la creación, la providencia, el juicio. Se atenderá solamente a los mandamientos para observarlos, porque *a él le basta con admirar*. Tampoco buscará escrutar vanamente los misterios divinos, sino que se esforzará en “penetrar en el lugar de la ciencia” (§ 68). La maravilla de la contemplación de Dios es inexpresable. Por eso David no pedía conocer la esencia de la contemplación, sino saber cómo subir a la montaña donde Dios reposa (cf. *Sal* 24,3-4). El que no sabe admirar nunca podrá contemplar a Dios.

En los *Kephalaia gnostica*, Evagrio distingue cinco contemplaciones principales: la de la Trinidad, las de los incorporeales y de los cuerpos, las del juicio y de la providencia de Dios<sup>12</sup>. Inspirándose en esta división, Filoxeno comienza por reconocer (en los § 74 y 95) tres contemplaciones de las naturalezas: dos propias de las naturalezas creadas, espirituales, y corporales, una sobre la Santísima Trinidad. Hay además un orden de contemplación que se refiere a todo lo que sobrepasa lo inteligible, a saber, la creación, la providencia de Dios, el juicio, los mandamientos. Existe por último una contemplación del mismo intelecto y de todos los misterios cristianos. Únicamente la Revelación de Cristo manifestó a los hombres lo que se refiere a las naturalezas corporales y espirituales, a la Santísima Trinidad y a lo que sobrepasa lo inteligible, en otras palabras, lo que abarcan las cinco contemplaciones evagrianas. Como estas realidades no son accesibles para la ciencia humana, son recibidas en la fe. Es por medio de un progresivo crecimiento de esta fe como nace la ciencia de Cristo en los corazones de los creyentes a través de la observancia de los mandamientos y sobre todo a través de la práctica de la hospitalidad. Aprender la ciencia de Cristo por medio de múltiples lecturas o por medio de un estudio indiscreto de la Escritura lleva en el caso presente a una especie de gnosís que tiene muy poco que ver con el cristianismo.

### 3. Crecer en el amor

Para Filoxeno los mandamientos del Antiguo Testamento se observan por temor, mientras que los del Nuevo se practican por amor. Esto no quiere decir que tengamos que rechazar las prescripciones veterotestamentarias para adherirnos únicamente a los preceptos neotestamentarios, como si los primeros hubieran sido anulados por los segundos. En realidad, estos últimos realizan aquellos. El Espíritu Santo nos invita a crecer progresivamente en el amor (§ 76-98). Toda la vida cristiana

---

11. Ver § 65. Cf. *Tratado práctico*, cap. 15: “Cuando el intelecto anda de un lado a otro, la lectura, la vigilia y la oración lo fijan”.

12. *Kephalaia gnostica* I, 27.

es gobernada por el amor. Despreciar los mandamientos con el pretexto de que son un obstáculo para la contemplación es rechazar el don de Dios. En medio de las tribulaciones, san Pablo se confiaba totalmente al amor. Incluso llegó a declararse anatemático para que los demás amen a Cristo (cf. *Rm* 9,3). No buscaba la contemplación, como atestigua el principio del célebre himno al amor (1 *Co*. 13). Los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, así como Moisés, Henoc y Elías recibieron el don de la contemplación. Pero, ¿para qué sirve poseer ese don de manera fugitiva? De lejos es preferible que busquemos vivir naturalmente en las cosas espirituales, es decir, tender a la visión permanente del rostro de Dios en su gloria. Porque el objetivo de la venida de Dios al mundo no fue darnos una revelación fragmentaria, sino conducirnos a la plenitud de su manifestación por medio de una praxis basada en el amor. El amor es la prueba de que Dios se hizo hombre; el temor es solamente la prueba del culto que nosotros rendimos a Dios. El temor nos es propio, el amor es lo propio de Dios, hasta el punto que san Juan pudo decir: *Dios es amor* (1 *Jn* 4,8.16). En definitiva, no se trata tanto de desear la contemplación como de mantenerse en el nivel del amor por medio de una vida que responda a esas intenciones. La contemplación será deseada en el amor, lo cual seguramente se realizará poniendo en práctica los mandamientos.

La contemplación se muestra a nosotros. Ocurre aquí como en el crecimiento físico que permite una correcta aprehensión de las cosas del mundo. El crecimiento de todo el ser humano en el amor conduce a la visión de Dios. A medida que el cristiano crece en el amor, ve con más claridad las cosas de Dios, los demás, el mundo. Una empresa de este tipo exige disponibilidad y tiempo. Disponibilidad, en el sentido de que un intento de forzar el destino no conduce a nada: Dios se manifiesta libremente, nunca es algo así como el producto de nuestro esfuerzo. Tiempo, en el sentido de que una prematura contemplación deslumbraría sin aclarar la fe y daría lugar a fantasías imaginarias. La disponibilidad y el tiempo tejen la trama de la paciencia. No hay verdadera contemplación sin ese trabajo de paciencia, sin un irse puliendo por medio de los mandamientos. Para adquirir en plenitud la luz del amor, comencemos por purificar nuestra mirada. De otra manera caeremos en alucinaciones, a semejanza de los sabios paganos que no conocían la Revelación de Dios. Confiándose solamente en la lógica y solamente en el movimiento de sus pensamientos, llegaron a descubrir la existencia de realidades espirituales y a reconocer la diversidad de sus aspectos, pero formularon hipótesis inadmisibles dividiendo al Dios único en una multitud de dioses y adelantando numerosas conjeturas sobre los misterios divinos. Terminaron en la mentira. Únicamente Dios podía manifestar la verdad, y lo hizo en la persona de Cristo. Es así como Cristo nos ha devuelto la libertad primigenia. San Lucas nos dice que *progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres* (*Lc* 2,52). *Progresaba en estatura*: por esto se significa la contemplación de las naturalezas compuestas. *En sabiduría*: esta es la significación de las naturalezas no compuestas. *Y en gracia ante Dios*: corresponde a la contemplación de la Santísima Trinidad. *Y ante los hombres*: se trata aquí de la contemplación de la providencia, del gobierno y del juicio<sup>13</sup>. Plenamente realizada en Cristo, la contemplación se nos presenta a nosotros los hombres por los mandamientos. La práctica de los mandamientos es el camino para llegar a la visión de Dios.

---

13. Cf. § 95. Esta exégesis permite a Filoxeno retomar las contemplaciones evagrianas.

Ver a Dios es renacer de lo alto, de acuerdo con la enseñanza de Jesús a Nicodemo (cf. *Jn* 3,3). Nuestro primer nacimiento del agua y del Espíritu llama a un nuevo nacimiento que será "la sensación de nuestro primer nacimiento" (§ 97). Como el recién nacido deja el seno materno y llega al mundo todo envuelto en su membrana, y después deja esa membrana para aparecer ante las miradas; de la misma manera, el hombre sale totalmente del mundo como del seno materno, y después se despoja del hombre viejo por medio de la observancia de los mandamientos para recibir la contemplación. La conversión no tiene otro objetivo que hacernos tomar conciencia de nuestro origen: hemos nacido de Dios, movidos por la Trinidad y moviéndonos en ella. Mucho antes que Simeón el Nuevo Teólogo, Filoxeno de Mabbug pone el acento en el sentimiento que tiene el cristiano de su propia vida nueva. La contemplación sería en resumidas cuentas esta aguda y plena percepción del misterio que sigue a un cierto despojamiento, pero que igualmente puede precederlo. De ordinario la santidad precede a la contemplación, pero a veces la contemplación puede precederla. Siempre se requiere la santidad, en tanto que la contemplación es un don de Dios. En otras palabras esto significa decir que la praxis cristiana es fundamental y que la *theoria* siempre remite a ella.

#### 4. *El peligro del iluminismo.*

Hemos dicho que hay dos clases de caminos que conducen a la contemplación: la gracia y la pureza. Por gracia, sin la práctica de los mandamientos, los Apóstoles fueron considerados dignos de la contemplación (§ 99). Creyeron en Cristo, se adhirieron a él, lo siguieron. Recibieron el Espíritu Santo quien perfeccionó en ellos esta obra. San Pablo, igualmente, recibió la contemplación por gracia (§ 100-107). Esto nunca lo dispensó de lanzarse con todas sus fuerzas hacia Cristo, como él mismo lo atestigua: *continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús (Flp 3,12)*: citado en el § 100. San Pablo corría tratando de corresponder a aquello de lo cual había sido considerado digno. Pero muchos herejes toman sus propias imaginaciones como dinero contante. Ese fue el caso de Valentin, de Bardesane, de Marcion, de Mani y de otros.

Nada de esto hubo en el Apóstol de los gentiles. Cuando habla de sus visiones, lo hace con toda humildad (cf. *2 Co* 12,2). Lo que escuchó o vio es inefable, el espíritu humano no puede restituirlo porque no lo comprende. Por eso mismo se rechazan todos los libros presentados como "Revelaciones". Compuestas por maestros heréticos, están llenas de imaginaciones falaces y engañan a numerosos monjes.

Si esta gracia excepcional otorgada a los Apóstoles, a Pablo y a otros, es buscada por ella misma, hace caer en el iluminismo y en la herejía (§ 108-113). Es un puro don de Dios, por eso es pernicioso querer forzar la voluntad divina o quemar etapas. El ejemplo del monje Adelfo de Edese (§ 109-110) que sería el inventor de la herejía mesaliana es especialmente elocuente. Ese Adelfo se entregó en primer lugar a grandes ejercicios ascéticos. Discípulo del bienaventurado Julián Saba, partió con él a Egipto para visitar a Padres eminentes. Escuchó hablar de la lucha contra las pasiones, de la pureza del intelecto y de las contemplaciones ofrecidas al intelecto purificado. Enseguida, deseó la impasibilidad para alcanzar la contemplación. Después de elegir una ermita, se entregó a duros trabajos, vivió continuamente en oración, pero también deseó ardientemente la vanagloria. Cuando Satán se le apareció bajo la forma de una luz y le exigió que lo adorara, sucumbió. Bajo

el imperio de alucinaciones demoníacas, dejó su ascesis y llegó a ser un heresiarca importante. Muy parecido es el caso del himnógrafo Asuana (§ 111). También muchos otros fueron engañados. Y Filoxeno aprovecha la ocasión para retomar la enseñanza del *Gnosticos* de Evagrio<sup>14</sup>: no conviene que personas inexpertas diserten sobre la impasibilidad, porque son hombres llenos de pasiones, comparables a enfermos que conversan sobre la salud (§ 112). Ya san Pablo ponía en guardia contra ese peligro (§ 113). En lo que se refiere a la contemplación, hay una gran libertad por parte de Dios: unas veces la da gratuitamente, otras pide penosos trabajos antes de darla, otras no la da en este mundo, ni siquiera después de una prolongada ascesis. La contemplación aparece precisamente en segundo lugar frente a la exigencia de santidad, tanto más cuanto que está en gran medida sujeta a error. Lo que cuenta ante todo es el llamado a la santidad dirigido a todos. No tiene importancia que algunos puedan gozar además de la contemplación a lo largo de su vida cristiana o desde el comienzo, porque tampoco ellos están dispensados de observar los mandamientos de Cristo ni de vencer sus propias pasiones. Incluso es preferible gozar de la contemplación sólo después de haber sido largamente probado. Esa contemplación es superior a la que pudiera llegar antes de todo esfuerzo.

### 5. Entrar por la puerta estrecha

Si Cristo obra de diversas maneras en lo que se refiere a la contemplación, también obra de diversas maneras en lo que toca a la remisión de los pecados y a las curaciones (§ 114-119). El bautismo perdona todos los pecados mediante la fe, y se requiere una larga y prolongada penitencia para las faltas que sobrevienen más tarde: esa es la disposición actual, nos dice Filoxeno, aunque en tiempos de Cristo ocurría de otra manera. Cristo, en efecto, perdonaba gratuitamente los pecados y curaba inmediatamente. Hoy ocurre de manera diferente porque la acción del Espíritu Santo recibido por el bautismo sigue estando velada. La obra del Espíritu se manifiesta sólo cuando uno se compromete en el camino estrecho del Evangelio (§ 120).

Una rápida lectura de las Escrituras, y no solamente del Nuevo Testamento, puede dar la impresión de que la fe hace realizar o ver cosas extraordinarias (§ 121). Recordemos los prodigios obrados por Moisés en Egipto o en el desierto, los que más tarde realizó Josué, y los que después realizaron los profetas y los justos. Dios se dirigió incluso a pecadores, luego solamente a profetas y a santos. Pero hoy Dios a nadie habla corporalmente (§ 122)<sup>15</sup>, ya que se reveló una vez por todas en Jesucristo quien nos ha hecho participar de su Espíritu. Los justos ya no realizan grandes prodigios. No hay que buscar la revelación en lo alto, en el cielo de nuestra imaginación, sino en nosotros mismos, conforme a la palabra de *Lc 17,21: El Reino de Dios ya está entre vosotros*<sup>16</sup>. Tenemos que recogerlos en el interior de nosotros mismos, en donde moran las tres divinas personas. Así permaneceremos en Dios. En medio de las peores tribulaciones, El será nuestro gozo, y nuestro gozo será perfecto. Tenemos que entrar por la puerta estrecha (cf. *Mt 7,13*).

14. Cf. W. FRANKENBERG, *Evagrius Ponticus*, Berlín, 1912, p. 548 y 550.

15. Esta afirmación de Filoxeno puede parecer excesiva, pero en el fondo es verdad.

16. Igualmente se podría comprender: *El Reino de Dios está entre vosotros (entos hymón)*.

No busquemos pues explicar los mandamientos y los misterios, sino ejecutemos los primeros para ser considerados dignos de contemplar los segundos. En la Escritura por todas partes (§ 123-132) se nos dice que tenemos que morir a nosotros mismos para seguir a Cristo. El mismo murió crucificado. La tarea del monje se junta con la de los mártires en la fe. Ya lo indicaba el abad Macario cuando decía: "Que se haga violencia en todas las cosas, esa es la ocupación del monje" 17.

\* \* \*

El que va a Dios sigue de ordinario un camino largo y difícil. Ese es el sentido de la marcha siguiendo a Cristo. La santidad cristiana no se obtiene por el acceso a una elevada contemplación, sino que es el fruto de una praxis totalmente orientada hacia Dios y que se inscribe en la oscuridad de las mediaciones humanas. Toda tentativa de eludir esas mediaciones, sobre todo por medio de una evasión revestida de sublime, conduce al fracaso. La fe cristiana siempre es una experiencia vivida e interpretada en Iglesia y en humanidad. Como tal, es el fundamento indispensable de todo impulso hacia Dios. Es por medio de la práctica de los mandamientos como estamos llamados a ver a Dios. Ya lo estamos viendo si sabemos reconocerlo en nuestros hermanos.

*Traducción del francés*  
por Graciela Sufé, osb – Monasterio Gaudium Mariae

C.C.P. Nantes 773 16 Y  
86240 Ligugé – Francia

André ARDOUIN, osb

---

17. Zacarías 1, citado en el § 132.